

**Petrucelli, María Rosa**

*En el nombre del Padre : linaje, identidad y destino en Primaleón*

Letras Nº 59 - 60, 2009

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Petrucelli, María R. "En el nombre del Padre : linaje, identidad y destino en Primaleón" [en línea]. *Letras*, 59-60 (2009). Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/nombre-padre-linaje-identidad-primaleon.pdf>  
[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## En el nombre del Padre: linaje, identidad y destino en *Primaleón*

María Rosa PETRUCCELLI  
Universidad del Salvador  
CONICET

*“Como los Buendía, los Amadises, Palmerines y Floriseles realizan las proezas más inverosímiles. [...] En ambos casos, el héroe no aparece como individuo aislado, sino como miembro o fundador de una estirpe excepcional: la tribu de los Buendía, [...] refleja como un espejo esos laberintos genealógicos que pueblan las historias de los Amadises y Palmerines, en las que también se beredan los nombres y las virtudes y los defectos y donde también cuesta trabajo reconocer las identidades individuales.”*

Mario VARGAS LLOSA

**Resumen:** *Los libros de caballerías españoles como sistema narrativo revelan un universo representado que se recorta sobre el auge de las grandes monarquías europeas. En esa realidad, confirmar la pertenencia por nacimiento y por linaje a la nobleza de la espada —categoría que empezaba a diluirse por el ennoblecimiento de gentes ajenas a la casta—, era un imperativo. Los signos del linaje cobran entonces una importancia desmedida y como indicativos de derechos y prerrogativas se transforman casi en objetos de culto. En *Primaleón*, en relación a las historias relatadas a lo largo del texto, la figura de Palmerín se presenta como núcleo generador de la dinastía y nexo unitivo de esas variaciones dentro del esquema narrativo. El emperador, eje fundacional dentro del relato, presentado como un ser excepcional, organiza la mutua dependencia de los personajes en su papel de monarca y/o padre. A su vez, el vínculo subyacente con los mismos determina la importancia y funcionalidad de cada uno de ellos. Por otra parte, la narración, a modo de adiestramiento social, proporciona material a una sociedad en la que los valores de la paternidad se enlazan fuertemente con la autoridad doméstica y real.*

**Palabras clave:** *Primaleón - Palmerín - nobleza de la espada - linaje*

**Abstract:** *Spanish books of chivalry as narrative systems reveal a represented universe built upon the flourishing monarchies of Europe. In that context, reinforcing the belonging to nobility of the*

*sword by birth and lineage—a social category that was beginning to dissolve due to the rise of people belonging to other social classes— was an imperative. The signs of lineage acquire thus an excessive importance and as indicators of rights and prerogatives they transform in almost cult objects. In Primaleón, in relation to the stories narrated in the work, the figure of Palmerín is represented as the generative core of the lineage and the nexus of the variations within the narrative layout. The emperor, foundational axis within the story, presented as an exceptional being, organises the mutual dependency of the characters in his role of monarch and/or father. At the same time, the underlying bond between them determines the importance and functionality of every character. On the other hand, the story, as a social training, offers material to a society where the values of paternity are strongly bonded with domestic and real authority.*

**Key Words:** Primaleón - Palmerín - nobility of the sword - lineage

Los libros de caballerías castellanos exponen, desde la representación, una imagen sublimada, fija e inmutable del *ordo* caballeresco que se contraponen a la realidad socio-histórica de la época de publicación de dichos textos. Siguiendo los imperativos del género, desde una idealización cultural que ha sobrevivido exitosamente al fenómeno concreto de la caballería histórica, entronizan escenarios y héroes que transportan a sus lectores a otros tiempos fabulosos y heroicos. Pasado mitificado y seguramente añorado por receptores que tenían en alta estima las actitudes y virtudes de los caballeros ficticiales frente a la devaluación de los ideales nobiliarios contemporáneos.

Las relaciones entre los textos y la historiografía permite la confluencia de dos tiempos, el marco del pasado feudal en que se inscribe la narración —especie de compendio abreviado de la cultura caballeresca histórica— y el de la actualidad de la España de principios del XVI con la mayor centralización del poder monárquico, el fortalecimiento del Estado y el creciente poder del dinero para aspirar a títulos y posiciones.

El *Libro Segundo de Palmerín que trata de los grandes fechos de Primaleon y Polendos sus fijos, y assimismo de los de don Duardos, príncipe de Ynglaterra, con los otros buenos caualleros de su corte y de los que a ella vinieron* (1<sup>ra</sup> ed. Salamanca, 1512; 2<sup>da</sup> ed. Sevilla, 1524) —conocido vulgarmente como *Primaleón* después de la edición veneciana de F. Delicado de 1534—, sigue esas normas genéricas, y al hacerlo semantiza la imagen de un mundo feudal ya desaparecido, donde las situaciones y los personajes se constituyen dentro de un marco histórico, geográfico, psíquico y cultural propio de la historia social de la caballería, pero también específicamente literario.

Las fechas de edición nos ubican en la España de Carlos V, y estas aventuras se leen y disfrutan en simultaneidad con acontecimientos que imponen a los españoles “[...] la responsabilidad de asumir el papel de contrapeso de los otomanos en el Mediterráneo, de apóstoles-soldados de la Contrarreforma en Europa, de conquistadores del Nuevo Mundo y de descubridores de océanos.” (BENNASSAR, 2001: 9).

Frente a esos desafíos concretos y tangibles (la totalidad de la conquista americana coincide cronológicamente con el reinado de Carlos V, BRAUDEL, 1991: 58), cuando se publica el *Primaléon* ya sonaban anacrónicos tanto el ideal del *miles christianus* de las Cruzadas y los *roman* que los ensalzaban, así como la legislación española de Alfonso X sobre la institución de la caballería.<sup>1</sup>

En esa realidad, confirmar la pertenencia por nacimiento y por linaje a la nobleza de la espada —categoría que empezaba a diluirse por el ennoblecimiento de gentes ajenas a la casta—, era un imperativo. Los signos del linaje cobran entonces una importancia desmedida y como indicativos de derechos y prerrogativas se transforman casi en objetos de culto. En la ficción literaria “los laberintos genealógicos que pueblan las historias de los Amadises y los Palmerines”, al decir de Vargas Llosa, son un componente fundamental y necesario para la organización interna del relato. En nuestro texto, linaje, identidad y destino conforman un eje cardinal para el proceso de significación, una especie de cadena semántica que enlaza a los jóvenes caballeros, herederos y generadores de sangre real, para los que están reservadas las aventuras emblemáticas. Estos tres elementos mantienen entre sí una relación complementaria, cada una de las series presupone a la otra: el linaje es condición necesaria y excluyente para la identidad y si ésta no se cumple, no hay destino.

### Linaje

Un componente central de la cultura caballeresca es la necesidad de filiación, la confirmación de pertenencia a una estirpe, a un linaje particular que legitime el accionar del caballero dentro de la institución nobiliaria. Genealogía y linaje conforman un entramado de ida y vuelta que, en sentido ascendente, certifica la nobleza de sangre y, en línea descendente, atestigua la sucesión paterno filial.

La necesidad de conservar el poder dentro de un grupo familiar y, fundamentalmente, garantizar su transmisión obliga a ordenar los vínculos familiares jerárquicamente. Para transferir el legado de honores, feudos, títulos, propiedades y derechos se impone establecer de manera categórica las leyes de la herencia, la importancia de la primogenitura, la sucesión estrictamente agnaticia, la conformación, en definitiva, del linaje patrilineal.<sup>2</sup>

Ya desde el Prólogo, la cuestión de la casta se marca con exclusividad en *Primaléon*. El hipotético autor o autora<sup>3</sup> de la obra —también podemos conjeturar acaso el editor—,

<sup>1</sup>Se sabe que los comentarios o las teorizaciones sobre la caballería en la Península Ibérica nacen con Alfonso el Sabio (Título XXI de la *Segunda Partida*), si bien algunos estudios retrotraen al reinado de Alfonso VIII la acuñación de algunos de los conceptos fundamentales del discurso caballeresco. Podemos considerar las fechas de sus respectivos reinados (1158-1214 / 1312-1350) como polos entre los cuales se produce el desarrollo de la institución caballeresca durante la Baja Edad Media. (Cfr. RODRÍGUEZ VELASCO, 2006: XIX y sig.).

<sup>2</sup>“La memoria de los antepasados se afirmó en el momento en que las estructuras de parentesco adoptaron alrededor de una ubicación territorial, de una herencia, de un conjunto de derechos definidos y bien ligados al patrimonio, resueltamente la línea agnaticia.” (Ver DUBY, 2000: 171).

<sup>3</sup>“El problema de la autoría de *Primaléon* sigue vigente ya que ninguna de las propuestas satisface en cuanto a qué personaje real compuso obra de tal extensión[...]. Ni siquiera se ha encontrado algún dato que, al menos, permitiera asegurar la condición de

luego de historiar el linaje ascendente del “y llustre e magnífico señor don Luys de Córdoua”, a quien se le dedica la obra bajo la sentencia horaciana de que *fortes creantur fortibus*, enlaza esta serie genealógica histórica con la ficción literaria que

Ueys aquí, magnífico señor, cómo todos soys castizos e cómo en vuestro linaje todos acuden al tronco e por esto no es de marauillar si a *Palmerín* que los días passados publiqué e saqué a luz en vuestro nombre, sucedió *Primaleón*, heredero o sucessor no solamente de la casa y estado, mas avn de las hazañas estremadas en la professión de la cauallería.<sup>4</sup>

Asoma en este Prólogo el valor individual de los miembros de una clase que, durante la empresa de la Reconquista, adquiere todo su poder y su justificación. Se señala aquí también, la conveniencia de encontrar en el accionar modélico de los antepasados una relación necesaria entre nobleza y virtud caballeresca.<sup>5</sup> La nobleza medieval es una cuestión de sangre, que arraiga en los héroes ejemplares del pasado.

Los vínculos de parentesco que confirman un linaje son, entonces, garantía del accionar virtuoso, en todo sentido, del caballero. En muchas ocasiones esa relación de ascendencia se hace patente en la obra<sup>6</sup>:

—¡Ay, amigo! —dixo Zerfira—, dile que me diga que, si es de linage del emperador Palmerín de Costantinopla que, si él lo es, yo seré consolada e faré cuenta que no he perdido ninguna cosa, pues tanta bondad puso Dios en aquel linage. (LXXVI, 347).

Sin embargo, la nobleza por sí misma no es suficiente, sino que necesita ser renovada constantemente por conductas virtuosas, en especial verificadas en las lides guerreras. Vivir noblemente es cumplir con la función del ejercicio de las armas, realizar actos caballerescos heroicos que confirmen esa condición. La *nobilitas* viene por la sangre, pero debe acompañarse por el proceder, por el comportamiento valeroso, por mantener un estilo de vida determinado.<sup>7</sup> Por ese motivo, los caballeros se sienten obligados al accionar virtuoso, y así Belcar, hijo del rey Frisol de Ungría, se dice a sí mismo:

“escritor” o “escritora” de su autor; es bien sabido que esta última conjetura surgió de las palabras *femina composuit* incluidas en los versos latinos [...] con los que se cierra *Palmerín de Olinia*. (Ver: Ferrario de Orduna, 2005, 721).

<sup>4</sup>2004. *Libro Segundo de Palmerín que trata de los grandes fechos de Primaleón y Polendos sus fijos y assimismo de los de don Duardos, príncipe de Ynglaterra, con los otros buenos caualleros de su corte y de los que a ella vinieron*, [Sevilla, 1524]. (ed. de Lilia F. de Orduna et alii). Kassel, Edition Reichenberger, Prólogo, 53. En adelante, todas las citas se harán sobre esta edición, los números romanos señalan los capítulos.

<sup>5</sup>Según Duby: la “[...]consolidación de la conciencia familiar que estaba al comienzo ligada a la herencia de un título y de un patrimonio, [...] poco a poco se volvió más atenta al valor moral de los antepasados y al comportamiento ejemplar que proponían[...].” (DUBY, 2000: 196).

<sup>6</sup>Son comunes expresiones como: “—Agora no me marauillo —dixo el doncel— de lo que os he visto hazer, que bien tenéys a quien parecer según he oýdo decir [...].” (III, 68). Gridonia, futura esposa de Primaleón, duda del final exitoso de la venganza emprendida contra Palmerín y sus descendientes, justamente porque: “El emperador y a su linaje hizo Dios tan bienandante que los guardará de todo peligro.” (LXIII, 299).

<sup>7</sup>“Formar parte de la nobleza obligaba a una demostración permanente de atributos y pertrechos para confirmar tal pertenencia y legitimar así linajes dinásticos y vínculos de parentesco, preocupación central de la caballería para afirmar su excepcionalidad.” Ver PETRUCCELLI, 2006: 196.

[...] agora te conuendrá trabajar porque parezcas en algo a aquellos de donde vienes que con tanto afán alcanzaron tan gloriosa fama. (I, 56). —¡Ay, Belcar, no dexes de acometer tan gran fecho, pues sabes que eres fijo de vno de los mejores caualleros del mundo e sobrino del gran emperador que en su tiempo par no tuuo e, aunque a ti te faltassen las fuerças, sólo eso te basta para acometer tan gran fecho! (V, 75).

Una de las preocupaciones fundamentales, en realidad una obligación del señor con respecto a sus vasallos es cómo articular una política matrimonial para perpetuar el linaje y, de esa manera, asegurar la continuidad de la caballería.<sup>8</sup> Para los caballeros la prolongación dinástica está en relación con un casamiento ventajoso que consolide una posición y un patrimonio. Si bien la filiación materna en cuanto a la transmisión de la nobleza fue progresivamente relegada a un segundo plano, las doncellas nobles son portadoras de linaje y tienen que casarse de acuerdo con su categoría.<sup>9</sup>

Entre las numerosas atribuciones del emperador Palmerín está, justamente, velar por los casamientos dignos y productivos a la vez. Con esas miras, observa a los jóvenes integrantes de su corte:

El emperador que muy discreto era e todas las cosas miraua, [...] pensó que Melisa sería bienandante en cobrar a Recindos por marido, acordó, desque fuesse tiempo, de ponerlo en obra. E asimismo vido a Abenunque estar sentado muy cerca de Amandria, hija del rey dEsperte, e afirmó [...] de fazer tanto de dárge-la por muger (LXI, 293).

Y no tarda mucho en hacer realidad esa intención convocando a Recindos, príncipe de España, para otorgarle la mano de Melisa, hija del rey Frisol de Ungría, acentuando que sea “[...] fija de tan honrrado rey [...]” (LXV, 306). Son numerosas las bodas que se realizan, dando ocasión a grandes festejos, banquetes, justas y torneos, particularmente la de sus hijos: Polendos con Francelina, hija del rey de Tesalia; Policia con Arnedos, hijo del rey de Francia, Flérida con don Duardos, hijo del rey de Inglaterra; Primaleón con Gridonia, hija de la duquesa de Ormedes; Uasilia con Uernao, hijo del emperador Trineo. También la de otras damas y caballeros, inclusive la de Platir, su nieto, con Sidela.<sup>10</sup>

La aceptación de don Duardos en el seno de la familia del emperador es posible, justamente, por su unión con Flérida, hija del mismo. La importancia de la ascendencia se marca aquí de entrada cuando el caballero, herido de “aquellos ojos tan hermosos” sope-sa fríamente, sin embargo, “[...] el gran valor de Flérida y que por ser fija de quien era, valía mucho más que Gridonia [...]” (LXXXII, 371). En el lado opuesto, cuando para estar cerca de su amada, finge ser Julián el hortelano, las dudas y los autorreproches de Flérida surgen de inmediato:

<sup>8</sup>En este sentido, “[...] la mujer aporta de ordinario al linaje en el cual ha entrado por el matrimonio un complemento de renombre, es decir, de nobleza.” (Ver DUBY, 2000: 173).

<sup>9</sup>Con respecto a las reinas, Bennassar dice: “Breves existencias, ocupadas en asegurar la sucesión y en alimentar la estrategia matrimonial de la Corona.” Ver BENNASSAR, 2001: 24).

<sup>10</sup>Belcar con Alderina, Dirtreo con Alquiuela, Belagriz y Zerfira, Torques y la infanta Olimba, el Caballero Giber con Rianda, el rey Tarnaes con Uisilarda, Mayortes con la infanta Campora y muchas más.

—¡Ay, cativa, malandante de mí! —dezia ella—. ¡Cómo yo deuo de ser muerta de muy cruel muerte por poner tan afincado amor en vn villano! ¡O, Flérida, cómo no te acuerdas del alto linaje de donde vienes, fija del más alto príncipe e mejor que ay en el mundo! ¡O, catiua de ti e quán poco seso es el tuyo! ¿Quién te ha forçado a abaxar tanto tu corazón de poner tan demasiado amor en vn aue de tan vil condición (C, 457).

Cuando se acredite que don Duardos es el hijo del rey Fadrique de Inglaterra y entre todos los caballeros es “el más loado por la su gran bondad” y en todas las aventuras que emprende demuestra ser “caballero de alta guisa” y declare su condición a Flérida:

[...] soy caballero e para vos seruir e soy de tal linaje que por gran bondad que yo tuuiesse no llegaré a ygualar a la bondad de aquellos de quien yo vengo [...]. (CIII, 475), la doncella no puede ocultar su alegría:

[...] e como ella oyó que se llamaua don Duardos e que era príncipe de Inglaterra fue el su corazón tan alterado que le fizo salir vna color tan biua como vna rosa a su gesto (CLIX, 691).

Por otra parte, las aventuras y los desafíos a los que se enfrenta<sup>11</sup>, así como las típicas pruebas de las que sale exitoso —la guirnalda de rosas (CV, 482) y el espejo encantado (CXXVII, 594)— demuestran su verdadero rango y habilitan que, finalmente, ambos obtengan el perdón del emperador y su anuencia para que sean “desposados con gran fiesta” (CXCIV, 909).

Si bien en el *Palmerín*, el futuro emperador ignora durante buena parte del relato su linaje<sup>12</sup> y participa así plenamente de un tópico muy productivo en la caballeresca:

nacimiento encubierto y ocultamiento del niño<sup>13</sup>, crianza fuera del hogar materno, iniciación en las proezas caballerescas, conocimiento de su condición y merecimiento de su estirpe, no se dará lo mismo en *Primaleón*, ya que sus descendientes, tanto Polendos como Primaleón conocen desde el inicio su origen. Polendos, hijo bastardo, conoce su procedencia antes de lanzarse a la aventura y Primaleón es el primogénito legítimo y heredero natural de su padre.

Como representante indiscutido del linaje familiar, Primaleón lleva el nombre de su bisabuelo rey de Macedonia, padre de Florendos y abuelo de Palmerín. Recordemos que éste emprende la aventura de la montaña Artifaria para obtener el agua de la fuente prodigiosa que curó la ceguera del rey Primaleón, su abuelo.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Numerosas e importantes son las aventuras en las que participa don Duardos, a veces bajo el nombre de Caballero del Can: largo enfrentamiento con Primaleón (LXXXIV, 379); recuperación para Mosderín y Belagriz del señorío de Niquea; libera a Primaleón de los encantamientos del gigante Gataru (CXXX, 607); rescata a Tarnaes en el triste episodio de Finea (CXLIII – CXLIIIJ), etc.

<sup>12</sup> “—Yo, señor —dixo Palmerín—, no conozco mi linaje, que no fue tal mi ventura, mas yo me tengo por hidalgo e a esto me esfuerza mi corazón; [...]”. (*Palmerín*, 1966, 55).

<sup>13</sup> Como resultado de sus amores con Florendos contra los deseos de su padre que tenía concertado otro pretendiente para ella, “[...]Griana parió un fijo, el más hermoso que decir se vos podría. Tolomestra lo tomó muy prestamente y embolviólo en muy ricos paños.[...] Cardín tomó al niño e cavalgó muy apriessa [...]e salió fuera de la ciudad[...]. E fallándose en una muy gran montaña en que había muy espessas matas, dexólo allí encima de un árbol [...]. Aquella montaña [...] se llamava en aquella tierra Olivia”. (*Palmerín*, 1966, VIII, IX, 36,37 y 38).

<sup>14</sup> Cfr. *Palmerín*, cap. XV a XIX.

También, la aventura más importante estará preanunciada y reservada para él cuando un doncel desconocido, en nombre del Cauallero de la Ysla Cerrada le entregue la espada y el escudo con la figura de la roca partida (XLVIII, 245), que anuncia icónicamente las adversidades que tendrá que vencer antes de conquistar el corazón de su amada (XLVIII, 245-6). Para acentuar aún más estos antecedentes, el ceremonioso acto de la investidura de armas estará a cargo de su abuelo, el rey Florendos, quien a pedido del emperador Palmerín lo arma caballero:

[...] el rey Florendos [...] a Primaleón abrazó muchas veces con las lágrimas a los ojos, diciéndole que rogaba a Dios que leuase adelante su buen comienço. (LXIII, 296). Y no houo torneo a que Primaleón no saliesse y en todos ellos lleuó el prez y honrra sobre todos los caualleros (LXIII, 296).

Cuando Primaleón parte encubiertamente de la corte<sup>15</sup> comienzan sus verdaderas aventuras y con ellas, la demostración de las bondades de su herencia genética: “[...] por malandante me tendría por ser fijo de tan buen padre no le parecer [...]”. (XLVIII, 246).

Curiosamente, para conquistar a la que es su furiosa enemiga, tiene que ocultar su nombre y ascendencia y se presenta ante Gridonia como el Caballero de la Roca Partida. Pero como su actuación denota nobleza, la doncella asombrada ante sus victorias, dirá: “[...] yo me hallaría muy bienandante en lo cobrar por marido que bien creo yo que viene de alto linaje [...]”. (XCIII, 420).

Después de atravesar muchas pruebas —encantamiento en la Ysla de Cantara (CXXI-IJ), liberación por don Duardos, prendimiento del extraño Patagón, la relación con el Cauallero de la Ysla Cerrada, el encuentro armado contra su propio padre, las luchas en el mar—, descubre su identidad ante Gridonia, “espantada” del esplendor de la corte:

Sabed que yo soy Primaleón, aquel que vos prometí de dar su cabeza, e aquel que allí veys assentado en aquella silla es mi padre e señor e aquesa que vos tiene por la mano es la emperatriz mi señora y esta ciudad en que estáys, es la ciudad de Costantinopla. (CXCI, 896).

Por supuesto, todos estos avatares serán coronados con las bodas y “[...] jamás en aquella tierra los hombres vieron tan gran fiesta ni tan complida de trodo bien [...]” (CCIV, 939).

El tratamiento del tema genealógico adquiere características distintivas en el caso de Polendos. El hecho de ser un hijo habido con un linaje moro (la reina de Tarsis) y por medio de un engaño —el vino “confacionado con muchas cosas”—, hace que el caballero tenga que realizar trabajos y aventuras varias para ganarse la estima del empe-

<sup>15</sup>Cuando Primaleón parte encubiertamente de la corte se lanza al camino, luego de la interrumpida batalla con don Duardos por la intervención del emperador, acompañado por el enano Risdeno y el doncel Purente, hijo del Cauallero de la Ysla Cerrada, comienzan sus verdaderas aventuras. Así conocerá al Caballero Giber, que también pretende a Gridonia, y con él, y bajo el nombre de Caballero de la Roca Partida irá hacia el ducado de Ormedes. Cuando entran al señorío del conde de Bronce, y combaten con los cincuenta caballeros de Ardiles, hermano del conde (LXXXVII, 393); participa en la batalla contra el príncipe de Clarenca y sus aliados, el conde de Bronce, el gigante orfilo (XCI, 413); vence en un encuentro al caballero Yrmelo, príncipe de Pulla, y así de seguido.

rador Palmerín, su padre. Llama la atención, también, que no reciba la investidura de manos de éste, sino del tío que lo había educado. (VIII, 89). Cuando llega a Constantinopla, admirado de lo que ve en la corte dirá:

—¡Ay, Dios! Cómo soy tenuto de seruiros porque me quisistes dar tan buen padre que, allende de ser el mejor cauallero que ouo ni ay en el mundo, es de mayor alteza que otro en él aya. Y, pues que Uos, Señor, tanto bien me quisistes hazer, conuiéneme a mí desforçarme tanto que algo pueda parecer su fijo e que sin vergüenza gelo pueda decir.” (XXIV, 146).

El convencimiento de que la actuación caballeresca es el agente revelador de la nobleza hace que haya que esforzarse por parecer, y por responder a lo que otros esperan del hijo de tal padre:<sup>17</sup> “[...] combatir con los fuertes gigantes e acometer las estrañas auenturas, [...]”.(X, 94). Los presentes que envía Polendos a la corte y los anuncios de sus proezas (IXX, 130)<sup>18</sup>, anticipan el caluroso recibimiento del emperador cuando declare ante él que es hijo de la reina de Tarsis y que, a pesar de ello, se convertirá al cristianismo: —¡Ay, hijo mío [...]! Yo creo verdaderamente que yo vos engendré que bien parecéys a mi linaje [...]. (XLVI, 235).

Finalmente, por sus bodas con Francelina, llegará a ser rey de Tesalia y obtendrá grandes victorias sobre los turcos (CCIX, 957).

La cuestión del linaje se pone de manifiesto, también, al final de la obra, con la innecesaria inclusión —desde el punto de vista estructural— de la historia de Platir, hijo menor de Primaleón y nieto de Palmerín<sup>19</sup>, al que el rey Tarnaes elogia:

—Cierito, caballero, bien vos podéys encubrir de mí, mas yo por cierto tengo que soys del linaje de aquel famoso emperador Palmerín que mucho le parecéys a él e, si mucho biuís, no será mucho que le parezcáys en la bondad (CCXIII, 976).

<sup>16</sup> Esa es la razón de los presentes que envía al emperador: “[...] rogó [...] que se partiesen e lleuassen consigo el gigante e a su madre e todas aquellas ricas cosas que él allí auía auido en el templo e rogoles que le besassen las manos por él al emperador [sic] y que le dixessen que él le embiaua todas aquellas cosas [...], e que supiesse que él era vn caballero estraño que le deseaua mucho seruir[...]”. (XIV, 114).

Cfr.: XV, 119; XVIII, 128 (“Pidos por merced que lleuéys con vos a todos estos christianos que hallamos presos en poder de los turcos[...]Je hizo luego sacar al rey e a los otros caballeros turcos que estauan presos con él [...] los hizo lleuar al emperador [...]. El emperador fue muy maravillado quando vio tal compañía [...]”). (XVIII, 128, IXX, 130). “[...] le pedía por merced que [...] se fuesse para el emperador e lleuasse consigo a Francelina y la pusiese en poder del emperador hasta que él viniessse y que le besasse las manos por él [...]”. (XXXIII, 183).

<sup>17</sup> Cfr. Al respecto en *Primaleón*: VIII, 88 (“hazer tales cosas que le parezca”); XIII, 111 (“que vos no faréys sino como aquel que es fijo de caballero del mundo que no tuuo ni tiene par.”); XV, 120.

<sup>18</sup> Polendos “[...]que en todo lo hizo Dios bienandante como su padre [...]”(XXXII, 174), lleva adelante con éxito la aventura de la Ysla de Carderia y rescata a Francelina del encantamiento que la tuvo encerrada en la torre. Luego cumple con el don prometido a ella y rescata al rey de Tesalia que está en poder del Gran Turco. “Mucho se alegró Francelina quando supo que era fijo del emperador [...]”. (XXXIII, 181).

<sup>19</sup> “[...]que sabed que Primaleón ouo quatro fijos en Gridonia que todos fueron muy buenos caballeros y el mayor fue emperador de Constantinopla después dél y el segundo fue rey de Apoloña, el tercero, duque de Ormedes, el quarto fue rey de Lacedemonia e por su alta bondad e caballería casó con Sidela, fija del rey Tarnaes, aquella que vos deximos que fue muy fermosa, y este hijo menor de Primaleón se llamó Platir e dígovos que fue tan buen caballero como Palmerín su abuelo e fue estremoado en hermosura y en bondades (P., CCXIII, 974).

### Identidad y destino

Si hacemos interesada abstracción de las exigencias de las remanidas continuaciones, nada es posible en el texto sin la existencia previa de la historia de Palmerín y el poderío y la influencia que irradian de su corte imperial. Tanto es así que, a pesar de su edad, lo veremos actuar en combate como el Caballero de las Armas Bermejas y en la batalla poner en duro trance a su propio hijo, Primaleón, y a valerosos caballeros como don Duardos: “[...] porque todos conosciessen e viesen que mientras él era biuo no auía su par (CLXXIX, 842). Inclusive, cuando llegue su hora, la muerte lo encontrará en plena actuación caballeresca, saliendo en defensa de una doncella menesterosa, ya que al emperador “[...] jamás le faltó coraçón moço ni viejo” (CCXVIII, 996).

Si la identidad es la conciencia que cada uno tiene de sí mismo, ésta se confirma en la relación que se entabla con el otro, individuo, grupo, sociedad que al reconocernos en nuestra unicidad nos distingue y singulariza. La identidad y el destino de los caballeros se descubren y se potencian en la corte, el lugar de afiliación y de pertenencia natural según privilegios de sangre que vienen dados por el nacimiento. En ese ámbito privilegiado, espacio de realización y de alegría<sup>20</sup> y marco ideal para el aprendizaje, los jóvenes se incorporan a la sociedad aristocrática caballeresca, se ejercitan en las artes guerreras —los *studia armorum et equorum*—, obtienen honor y fama en los torneos, habilidades en el arte de la caza, modelan sus formas de comportamiento en la práctica de la vida social, especialmente en su vinculación con las damas, aprenden, en fin, las disciplinas cortesanas.<sup>21</sup>

Siguiendo la tradición medieval del tutelaje, los viejos conocidos y compañeros de luchas juveniles de Palmerín saben que tienen que mandar a sus hijos a la corte de Constantinopla para que se realicen como caballeros y/o se casen. Ese es el punto de partida y de legitimación para su desarrollo futuro y en esa situación se encuentran tanto los jóvenes cristianos como los moros. Ellos son: Belcar y Ditreo, hijos de Frisol; Tirendos, hijo del duque Estochio; Rifarán, hijo de Trineo y de la infanta Aurencida; Lecefin, hijo del soldán de Persia y de Zerfira; Abenunqe, hijo del soldán de Babilonia y de Alchidiana; Arnedos, hijo del rey de Francia<sup>22</sup>; Recindos, hijo del rey de España; Rifarán; Ozalías, primo de Polendos y muchos otros.

<sup>20</sup>“La corte es el centro, de donde parten las aventuras y donde finalizan, es el lugar de la paz y la justicia, que ofrece a cada uno la ocasión de conducir su existencia hacia la perfección y que certifica su ejecución. Es un lugar concebido fantásticamente en los esplendores de una existencia refinada y de objetivos heroicos, pero observándola más detenidamente se revela como una vasta institución de manutención de la caballería, que halla su justificación en el hecho de que conduce a cumbres insospechadas de realización de las más nobles perfecciones humanas concebidas según los cánones del estamento. Por ello el ideal así creado se prolonga mucho más allá de la constelación histórica de la que emerge.” (Ver KÖHLER, 1990, 40).

<sup>21</sup>Estar en la corte se consideraba “un tiempo de preparación y práctica de las habilidades caballerescas. [...]Las relaciones entre las casas de los reyes y los príncipes o entre una casa principesca y las familias vinculadas a ella por derecho feudal se reforzaban por la presencia de escuderos/pajes nobles en cortes ajenas; en cualquier caso, fomentaban el contacto y la comunicación en el seno de la sociedad nobiliaria.” (Cfr. ZOTZ, 2006, 182).

<sup>22</sup>“[...]el rey de Francia [...]quando hizo las pazes [sic] con el emperador Palmerín [...] concertó que, si Dios le diese hijos que se casassen en vno porque en la casa de Francia houiesse caballeros de linaje de tan famoso caballero como auía seydo Palmerín, que sus hijos no podían sino ser muy buenos.” (XXI, 134).

El crecimiento y la formación profesional de estos jóvenes caballeros, todos ellos adornados con atributos sobrevalorados ideológicamente, depende de su relación con el emperador Palmerín, símbolo del poder constituido, con el que entablan un contrato de servicio y lealtad a cambio de integración, orden y seguridad. Todos quieren que él “[...] por su mano los fiziese caballeros [...]” (XVIII, 123), porque la investidura de armas, acto ceremonial y solemne mediante el cual se alcanza la dignidad caballeresca y, por lo tanto, el reconocimiento de los pares, como verdadero rito de paso constituye la culminación de la tarea identificatoria.

Por otra parte, a partir del discurso genérico y homosocial de la época, la identidad que da pertenencia y permanencia la transmite el padre; el orden simbólico del patriarcado impone la figura del padre como el centro del sistema<sup>23</sup>, y Palmerín es la encarnación suprema de ese poder. Desde ese lugar instauro la Ley que estructura al ser e integra al sujeto en el orden de la cultura (ROSOLATO, 1974: 89), garantizando el ingreso del hijo —y por extensión el de todos los jóvenes caballeros de su corte— en la organización social e institucional.

Cuando el emperador dice: “Paréceme, fijo Primaleón, que algunas aventuras están guardadas para vos [...]” (XLVIII, 246), está señalando el camino futuro hacia el encuentro con la aventura, “un favor que el destino depara al héroe” en la “búsqueda de la felicidad perdida” (KÖHLER, 1990: 62-63). Ese señalamiento del acontecimiento que le espera tiene una connotación de misión irremediable, la aventura se convierte así en destino. El caballero es el individuo elegido, la aventura está reservada para él y, en ese sentido, es también predestinación y privilegio. (PETRUCCELLI, 1999: 493).

Como si fuera necesario, para garantizar un tópico feliz del género y una necesidad de las continuaciones, en un acto de desprendimiento total del ego, cuando le señalan “¡quién con vos se ygualará ni ygualará!” el emperador responde: “Dexaduos deso, fijo, [...] que ya mi tiempo pasó e viene el de vosotros” (XLVIII, 244).

<sup>23</sup>Para Rosolato, la genealogía masculina es una institución específicamente cultural y se constituye como un orden simbólico estructurado en torno al nombre del Padre, que funciona como pivote del sistema. (Ver, ROSOLATO, 1974: 86).

### Fuentes

- Orduna *et alii*, Lilia E. F. de (Introducción, Texto Crítico y Notas). 2004. *Libro Segundo de Palmerín que trata de los grandes fechos de Primaleón y Polendos sus fijos, y assimismo de los de don Duardos, príncipe de Ynglaterra, con los otros buenos caballeros de su corte y de los que a ella vinieron*. [Sevilla, 1524]. I y II, Kassel, Edition Reichenberger.
- Libro del famoso e muy esforçado cauallero Palmerín de Olivia*. 1966. Testo critico a cura di Giuseppe Di Stefano. *Studi sul Palmerín de Olivia*. I. Pisa: Università di Pisa. Istituto di Letteratura Spagnola e Hispano-Americana.

### Bibliografía

- BENASSAR, Bartolomé. 2001. *La España de los Austrias (1516-1700)*. Barcelona, Crítica.
- BRAUDEL, Fernand. 1991. *Carlos V y Felipe II*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. 1973. *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid, Alianza Editorial.
- DUBY, Georges. 2000. *Hombres y estructuras de la Edad Media*. México, Siglo XXI de España editores.
- KÖHLER, Erich. 1990. *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*. Barcelona, Sirmio / Vallcorba editor.
- MARAVALL, José Antonio. 1986. *Estado moderno y mentalidad social (Siglos XV a XVII)*, t.I. Madrid, Alianza Editorial.
- ORDUNA, Lilia E. F. de. 2005. “Nuevamente en torno a *Primaleón* y el problema de su autoría” en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació Hispànica de Literatura Medieval*. Alicante, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana. “Symposia Philologica” m, II, pp. 721-729.
- PETRUCELLI, María Rosa. 2006. “La categoría de personaje en *Primaleón*: historia y ficción”, en Ferrario de Orduna *et alii*, Lilia E. *Nuevos estudios de literatura caballeresca*, Barcelona / Kassel, Edición Reichenberger, pp. 195-218.
- RODRÍGUEZ-VELASCO, Jesús. 2006. “Inventión y consecuencias de la caballería”, en Fleckenstein, Josef. *La caballería y el mundo caballeresco*. Madrid, Siglo XXI de España Editores en coedición con Real Maestranza de Caballería de Ronda, pp. XI-LXIV.
- ROSOLATO, Guy. 1974. *Ensayos sobre lo simbólico*. Barcelona, Anagrama.
- ZOTZ, Thomas. 2006. “El mundo caballeresco y las formas de vida cortesanas”, en Fleckenstein, Josef. *La caballería y el mundo caballeresco*. Madrid, Siglo XXI de España Editores en coedición con Real Maestranza de Caballería de Ronda, pp. 164-219.